

SOBRE LAS COORDENADAS CULTURALES DEL HORIZONTE "TARTESSICO"

por

Juan Pedro Garrido Roiz*

Resumen: Se hace necesario una definición del contenido histórico cultural de lo "tartessico" cuya expresión mas significativa es el de la asimilación de formas de vida urbana y el desarrollo de sistemas de escritura. El vocablo Tartessos transmitido por las fuentes de origen griego se refiere a un territorio, no a un pueblo. Es necesario aplicar criterios de espacialización y temporalización en base a los documentos arqueológicos disponibles. La polarización territorial en torno a las riquezas mineras del cinturón ibérico de piratas del SW tiene una dimension temporal donde han de ser valorados el papel de aportaciones diversas egeo-anatolicas, presencia griega y fenicia, minorasiaticas y suditalicas y su papel en la eclosión orientalizante documentada basicamente en el foco de Huelva y la subsiguiente disolución en el transcurso del siglo V.

Palabras-clave: Tartessos. Territorio. Aportaciones exteriores.

El nombre de TARTESSOS, cuyo origen pudiéramos ver en el vocablo semita TRST con la adición del sufijo de probable origen minorasiático SSOS, para formar así el homófono TARTESSOS, nos ha sido trasmitido, junto con otras noticias, por las fuentes escritas de origen griego. Dicho vocablo aparece acuñado en el siglo VII a.C. y su expresión coincide con el desarrollo demográfico de las colonias griegas de Sicilia y Magna Grecia y con la intensificación de las actividades griegas en el Mediterráneo Occidental, entre las que cabe destacar la presencia focense.

El vocablo, en el concepto griego, no se refiere inicialmente ni a una ciudad ni a un pueblo o etnia, sino a un espacio geográfico ubicable en el Lejano Hésperos, junto a/o en el Océano. El término Tartessos es inicialmente una designación para identificar a un territorio. Sólo en fechas posteriores surge la ecuación territorio=grupo étnico, y de modo no muy preciso. Así tenemos la conocida referencia de Heródoros de Herakleia englobando bajo la designación de pueblo ibérico a distintos y diferenciados grupos sitios en el área atlántica del sur penin-

* Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense de Madrid.

sular. El territorio al que las fuentes escritas se refieren con el nombre de Tartesos, es identificable, según opinión generalmente admitida, con la fachada atlántica del Suroeste peninsular, en conexión con las riquezas metalíferas del cinturón ibérico de piritas, constituido por una franja de unos treinta kilómetros de anchura por unos doscientos kilómetros de largo que se extienden desde las estribaciones montañosas del occidente de la actual provincia de Sevilla, la comarca de El Andévalo en la provincia de Huelva y el Algarve y sur alentejano en Portugal, hasta alcanzar el área del río Mira, hacia el Oeste.

Algunos autores han elaborado la idea de que sobre dicho territorio ha existido una *étnia* indígena que ha originado y desarrollado una específica morfología cultural a través de un dilatado y continuo lapso de tiempo, a la que han aplicado el nombre de “tartésica”, abarcando periodos cronológicos de muy distinto significado desde el punto de vista de la morfología cultural. Los orígenes del mundo “tartésico” se sitúan así en el impreciso marco cronológico y cultural del Bronce Pleno y Final del suroeste peninsular desarrollándose durante la Edad del Hierro hasta alcanzar la romanización. No faltan incluso intentos de periorización de las “etapas tartésicas” basadas, más que en una documentación arqueológica, hoy por hoy insuficiente y confusa en apriorismo y concepciones originadas por el “horror vacui”. Con los datos disponibles, creemos muy problemático el intento de precisar y caracterizar un ciclo cultural con un filum continuo tan dilatado. Antes al contrario pueden formularse serias objeciones al esquema propuesto.

Si con respecto a la localización geográfica de lo que las fuentes escritas de origen griego van a llamar Tartesos existe una aceptación generalizada, no parece adecuado, en el estado actual de la investigación, proponer la caracterización de una cultura identificable con una *étnia* a la que se le da el nombre de un territorio, cuya designación por otra parte ha surgido posteriormente y en un contexto cronológico y cultural muy diferente de las aludidas etapas del Bronce Pleno y Final. Debemos tener en cuenta que en la Antigüedad son los pueblos o *étnias* los que dan el nombre al territorio y no al contrario. Llamar “tartésica” a toda manifestación cultural desarrollada en un territorio encubre un error metodológico que esconde un prejuicio conceptual enraizado, no en un criterio científico, sino en consideraciones extracadémicas. Es lo mismo que hablar de los magdalenienses de Altamira como los primeros artistas españoles, considerar a Viriato como caudillo de la independencia española o portuguesa, o ver en la dispersión del vaso campaniforme una expresión de la expansión del Imperio Hispánico en el siglo XVI a.C.

En las fuentes escritas de origen griego, como hemos indicado, el vocablo se refiere a un territorio y no a un *ethnos*. Parece que no es adecuado llamar Tartesos a lo que los griegos no llamaron Tartesos. Y las fuentes griegas dan este

nombre a un territorio. El contenido étnico y cultural conocido en este territorio, en esa época, difícilmente puede ser extrapolable al periodo del Bronce Final del suroeste peninsular, y mucho menos a la cultura megalítica desarrollada en el período Calcolítico. Se trata de secuencias culturales bien diferenciadas en sus elementos y caracterización que constituyen ciclos culturales con contenidos y caracteres propios. Con ello no pretendemos negar la herencia cultural, pero si negamos la continuidad evolutiva de una cultura considerada como un filum temporal sobre un territorio. El territorio es una constante y la población una variable. Pero el mismo territorio ofrece un significado diferente según la morfología cultural del pueblo asentado en el mismo.

La fachada atlántica del suroeste peninsular presenta unas características fisiográficas propias que la diferencian marcadamente del litoral mediterráneo. El régimen peculiar de mareas oceánicas y vientos, el relieve, la topografía, la hidrología y las potencialidades mineras y pesqueras configuran una suerte de región natural definida al Sur por la línea de costa de trescientos cuarenta kilómetros entre Trafalgar y el Cabo de San Vicente y por las costas algarvías y alentejanas al Oeste. El litoral presenta buenos puertos naturales en los estuarios que facilitan las comunicaciones con el interior y la accesibilidad a importantes yacimientos mineros. Al norte podría trazarse una línea más imprecisa cuyo eje lo constituyen ambas vertientes de las estribaciones occidentales de Sierra Morena, Sierras de Aroche y Aracena, y la Sierra de Monchique. Pero resulta que este marco espacial es culturalmente poco definido y discontinuo. Durante el Bronce Final la cronología es imprecisa y espacialmente encontramos una división en áreas cuya expresión cultural significativa viene dada por algunos de los elementos más característicos de dicha etapa. Basta con examinar algunos de éstos. Así encontramos que las estelas decoradas se encuentran profusamente dispersas al Norte de la citada área y en la margen derecha del Guadiana. Si bien existen algunas excepciones en el Valle del Gadalquivir, no se encuentran al Sur de las citadas Sierras de Arocha y Aracena ni en el espacio comprendido entre los ríos Guadalete y Guadiana. El mapa de dispersión de los sistemas de escritura en los siglos VIII-VI suponen también una divisoria cronológica y espacial. Las estelas algarvías con inscripciones llamadas tartésicas se encuentran básicamente al Oeste del Guadiana y su dispersión cartográfica es aún más reducida que la de las estelas decoradas. Cronológicamente coinciden con la etapa definida como “tartésica orientalizante”, pero al igual que acontece con las estelas decoradas, no aparecen entre el Estrecho de Gibraltar y el Guadiana. Esta vez sin excepción alguna. Ciertamente que en esta última área encontramos grafitos de este tipo de escritura grabado sobre cerámicas. Ello plantea el problema adicional sobre el posible desarrollo de sistemas de escritura sobre materia perecedera y que lógicamente han desaparecido. Pero ello no hace sino acentuar la diferenciación

y nos indica la divisoria marcada por este río. Otro criterio de espacialización nos lo ofrece la dispersión de hallazgos de las cerámicas de retícula o decoración bruñida. Se ha considerado que en el Suroeste peninsular aparecen a partir del siglo IX a.C. y que su origen es fenicio, por tanto, adscribible al horizonte precolonial del Bronce Final. Su mapa de dispersión nos muestra una notable densidad en torno a los estuarios de los ríos atlánticos, desde el Guadalquivir al Tajo. Schubart en base a la tipología de formas y decoraciones señaló la presencia de dos zonas focales diferentes y localizables en las cuencas del Tajo y Sado y en la del Guadalquivir y región de Huelva, respectivamente. En todo caso, su dispersión parece indicar unas asociaciones marítimas no coincidentes con el área de extensión de las estelas.

Vemos pues, que esta desigual distribución de algunas de las más significativas manifestaciones del Bronce Final o período precolonial impiden considerar como unitario el proceso de desarrollo cultural. Por otra parte, el análisis de otros aspectos, como el análisis de las necrópolis y el ritual funerario (cuya ausencia ha sido considerada rasgo cultural), y el carácter, significado y cronología de los hábitats son de todo punto imprescindibles para definir una cultura o período. El análisis de otros elementos como la toponimia e hidronimia pueden ser sumamente ilustrativos. Creemos que en el momento actual de la investigación los datos materiales para caracterizar culturalmente este período son insuficientes.

El proceso de transformación de las sociedades rurales del Bronce Final, que, como hemos visto, se presentan insuficientemente definidas tanto en sus aspectos materiales como en sus coordenadas espaciales y temporales, se debe a la presencia y actividades tradicionalmente atribuidos en la bibliografía científica a los fenicios. La presencia fenicia se documenta fehacientemente a partir del siglo VIII a.C., tanto en el litoral mediterráneo peninsular, como, aunque con menos precisión, en la parte atlántica. Pero creemos que junto al papel que han podido desempeñar los fenicios debemos tener en cuenta la presencia de otros grupos a ellos vinculados. Dentro de la documentada cultura material orientalizante del Suroeste peninsular encontramos algunos elementos, singularmente en los objetos de bronce, que se vinculan técnica y estilísticamente al mundo minorasiático, neohitita y urartiano, que apuntan a una componente no fenicia, al menos con lo que se ha considerado característicamente fenicio de Tiro. Las fuentes escritas reflejan el papel representado por Tiro en su proyección mediterránea, pero ello no debe hacernos olvidar que existen actividades de otros centros que no han sido reflejadas en las fuentes literarias. La cantidad y calidad de algunos de los objetos metálicos del período orientalizante, entre los que no podemos dejar de citar los hallados en la necrópolis de Huelva, no son paralelizables, de momento, en ningún otro asentamiento de los que acusan este influjo. Hay algo aquí que no es específicamente fenicio, pero en modo alguno «indígena». Todos los elementos materiales tienen su modelo o

paralelo en el Oriente mediterráneo y la posible componente enraizada en el mundo indígena anterior a la presencia fenicia y oriental aparece diluido en un complejo cultural que desde el punto de vista material se nos aparece como un reflejo y trasplante de las civilizaciones urbanas del Mediterráneo oriental.

Y es precisamente en este momento, en pleno apogeo del impacto orientalizante, hacia el siglo VII a.C., cuando el mundo griego entra en contacto continuo y probablemente directo con el área atlántica de la Península Ibérica, según documentan tanto los testimonios escritos como los vestigios arqueológicos. Es ahora cuando aparece la denominación de Tartesos cuyo contenido cultural es precisamente el mundo surgido a consecuencia de los contactos y actividades relacionadas con la presencia de naves fenicias. Este mundo supone la existencia de vida urbana, que es lo que ya existe en pleno desarrollo en el área atlántica cuando los griegos inician con una cierta continuidad contactos y relaciones con el territorio que denominaron Tartessos. Por lo tanto, no podemos llamar Tartessos, mas que por extensión del vocablo, a lo que los griegos no llamaron Tartessos. Los testimonios escritos y la documentación arqueológica no nos muestran una presencia o influencia griega significativa en el Lejano Occidente con anterioridad al siglo VII de nuestra era. Dicha presencia está simbolizada por el viaje de Kolaos de Samos y materializada con la fundación de la colonia focense de Masalia a finales del siglo VII a.C. ¿Qué contenido material corresponde a esa referencia territorial que llamaron Tartesos? En definitiva, ¿qué es lo que vieron o tuvieron noticias los griegos para justificar la aureola literaria con la que fue envuelta el mítico Tartesos? Opinamos que este debe ser el punto de partida previo para un estudio sistemático que permita dar contenido al nombre que quedó plasmado en las referidas fuentes escritas. En conclusión, la presencia fenicia al Occidente del Estrecho de Gibraltar tiene carácter permanente (Cádiz y Lixus) desde fechas antiguas y alcanza una proyección extensa. Es opinión generalmente admitida que el interés fenicio por el espacio atlántico del Suroeste peninsular fue motivada por la adquisición y comercialización de las riquezas metalíferas del cinturón piritico ibérico. Pero junto a estas riquezas mineras se deben tener en cuenta las actividades pesqueras y las industrias con ellas vinculadas. En el hábitat de Huelva hemos documentado la presencia de túnidos de gran tamaño y en cantidad apreciable junto con otras especies marinas. Esta captura de fauna marina sólo es posible con el desarrollo de técnicas de almadraba y el complemento de las industrias de salazones. Ello supone complejidad social, desarrollo de industrias complementarias y existencia de vías de comercialización hasta los mercados consumidores.

De los rasgos que configuran la cultura o forma de vida anterior a la presencia o influencia de origen oriental vinculada a la navegación fenicia únicamente la ganadería puede ser preexistente en el área territorial. Arqueológicamente está

ya bien documentada en el período Calcolítico, singularmente el hábitat de Papauvas (Algaraque, Huelva). Claro está que ello no quiere decir que exista un filum que nos conduzca a etapas posteriores. Pero es obvio que se trata de un precedente que demuestra que la forma de vida basada en la gran ganadería no era algo que no se haya dado con anterioridad a estos influjos intensos de origen oriental en los comienzos de la Edad del Hierro. En cambio, el arado, base del desarrollo agrícola, las técnicas e industrias de pesca y salazones, la explotación intensiva de los recursos mineros, las relaciones mercantiles a gran distancia, la navegación de altura y la introducción de técnicas como la cerámica a torno, son innovaciones que sólo a partir de la Edad del Hierro y por estímulo de origen oriental se dan en este área. Estos influjos produjeron la revolución urbana en este área del Occidente, como queda evidenciado por la proyección y asimilación de los sistemas de escritura, que es uno de los rasgos inequívocos de la civilización urbana. Todo ello supone la transformación de las sociedades y una ruptura radical con las tradiciones culturales de las sociedades rurales preexistentes. La cuestión de la continuidad física de la población es accesorio. Cualquiera que fuese la aportación numérica originada por la presencia oriental, es lo cierto que desde el punto de vista del desarrollo cultural, la forma de vida urbana supone un nuevo ciclo donde la morfología cultural, las estructuras sociales e ideológicas son distintas con independencia del grado e intensidad de la composición del sustratum étnico “autóctono” integrado en la sociedad urbana. El carácter pastoril es, quizás, la única componente de carácter “indígena”, como refleja la figura de Argantonio, que si es por una parte la figura patriarcal del pastor tan conocida por la Antropología, es también, como expresa la etimología del vocablo “el de la Plata”. Ambos factores se conjugan en esa vertiente protocapitalista inherente a las estructuras sociales de la morfología cultural pastoril. La riqueza se expresa como medida de valor y también como instrumento de cambio en la ganadería, pero también en la minería como la etimología del nombre Argantonio parece indicar. Y la figura de Argantonio es también algo que nos han transmitido las fuentes griegas. Este rasgo junto con otros elementos materiales sirven para caracterizar y diferenciar Tartesos. Las sociedades del Bronce Final representan un mundo quizás con continuidad física, pero con discontinuidad cultural desde un punto de vista cíclico, aunque ello no suponga la inexistencia de herencia cultural, que en este caso podría estar representada por la estructura social jerárquica propia de los pastores enfrentada a la gentilicia de la que nos hablan las fuentes escritas, pues estas se refieren a gens, y no a tribus. De esta manera vemos la integración de esta componente de origen pastoril en el complejo de vida urbana industrial y comercial, que es lo que le da sentido y explica la aureola de Tartesos.

La cultura material del período orientalizante es, desde el punto de vista material, una cultura no producida ni originada por las bases preceptibles durante

el Bronce Final. La componente de origen “autóctono” del período precolonial aparece diluida en el complejo de vida urbana que, como se ha dicho, supone la asimilación e incorporación de innovaciones técnicas introducidas por influjos externos. Ello supone la incorporación de la población local a formas de vida específicas de una alta cultura donde se han desarrollado sistemas de escritura.

Este mundo urbano se disuelve durante el último tercio del siglo VI a.C., posiblemente por convergencia de factores muy diversos de índole económica y política a los que nos hemos referido en otras ocasiones y que no podemos analizar aquí. Existe una interrupción de las actividades comerciales a gran distancia, desaparecen los sistemas de escritura y parece que se documenta una contracción en los hábitats. Se da paso ahora a un nuevo ciclo cuyo centro parece bascular hacia la parte oriental de la Península Ibérica donde emergerá la cultura propiamente ibérica. El panorama étnico y cultural se aproximará al que nos va a transmitir Estrabón y en esta reorganización de las nuevas áreas culturales el área atlántica parece quedar marginada. Aquí no se verá resurgir los sistemas de escritura ni existirán manifestaciones de escultura zoomorfa, lo que parece indicarnos que el área sita a grosso modo al oeste y norte del Guadalquivir se estructurará bajo otros parámetros diferentes. Tartesos pasa así al mundo del mito y la leyenda.